



UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 30
Provincia. 30

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.— Uno ídem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Coslanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott. En el número próximo la continuación de todas estas obras.

LA ESTRELLA LE PASKEWISCH.

El mariscal Paskewisch, que acaba de morir en Varsovia daba una pensión de doscientos rublas, tres mil doscientos reales de nuestra moneda, á una muger anciana que vivía en la calle de Faubourg Montmartre en París. El origen de esta liberalidad es una historia sumamente curiosa que se encuentra en la vida del célebre mariscal, que últimamente se ha publicado en Rusia.

En el año de 1814, la futura pensionista de Paskewisch, llamada Adela P., era una jóven de diez y nueve años que ejecutaba en el teatro de Variedades los papeles de graciosa. El 15 de julio de aquel año actúo para los franceses, los soberanos extranjeros que ocupaban París, hicieron celebrar una fiesta religiosa en la plaza de la Concordia en acción de gracias al Todopoderoso, por el gran suceso que habían conseguido las armas de los aliados (la toma de París).

El emperador Alejandro de Rusia, jefe de la santa alianza, ocupaba el sitio de honor en el balcón del ministro de Marina. Cincuenta mil rusos en traje de gala rodeaban el tablado donde estaba colocado el altar, y en el que iba á officiar un patriarca ruso. La plaza presentaba un golpe de vista admirable: la variedad de brillantes uniformes, las músicas, los tambores, las salvas de artillería mezcladas con los cantos religiosos, y la presencia del soberano, hacían en su conjunto un cuadro sumamente curioso, al cual los parisienses, y sobre todo los parisienses, naturalmente curiosos, no debían faltar. Damaban á los conquistadores extranjeros, «nuestros amigos los enemigos.»

A la cabeza del piquete de honor que ocupa-

ba la plataforma y las gradas ricamente entapizadas del tablado, estaba colocado el mayor general Paskewisch. Cansado sin duda de lo largo de la ceremonia, se entretiene en mirar con ayuda de un antejo de bolsillo, la muchedumbre que se apiñaba alrededor del cuadro formado por las tropas rusas, con objeto de ver la ceremonia. De repente en medio de aquella gran confusión distinguió á la linda graciosa del teatro, Adela P., que él conocía por haberla visto varias veces representar.

La actriz hacia inútiles esfuerzos para llegar á colocarse detrás de los soldados para ver mejor la ceremonia. Todos sus esfuerzos eran inútiles. Viendo esto el general, bajó del tablado sobre el cual estaba colocado, y dijo varias palabras á un ayudante; momentos despues, la encantadora actriz estaba colocada en primera línea, respondiendo con una graciosa sonrisa al

vino abajo formando un horroroso estrépito el crogido de las tablas y los ayes lastimosos de los infelices que perecian.

Un gran número de personas, entre las cuales se contaban varios oficiales superiores, fueron heridos y muertos.

Sin la jóven actriz el general Paskewisch indudablemente se hubiese quedado en el sitio que ocupaba á quince metros de altura, y hubiese perecido.

La tarde del mismo día, el general fué á visitar á Adela P., y la regaló un magnífico collar de brillantes. Admirada la actriz de semejante regalo, el general la contestó: señora, os debo la vida; habeis sido para mí el ángel libertador, si no os hubiese visto en medio de la confusión, hubiese permanecido en mi sitio, y perecido como mis dos ayudantes. Esta aventura llegó pronto á oidos del emperador Alejandro,

el cual, como todo el mundo sabe, era un hombre sumamente supersticioso. Uno de los generales que estaban á su lado, le dijo: señor, ese hombre tiene muy buena estrella, y está reservado para grandes cosas. Madame Krudener le persuadió de que un hombre que tenía tan propicios los astros, sería la honra de la Rusia.

En efecto, en todas las expediciones que despues le fueron confiadas, acreditó el general su buena estrella.

Empero así como el general subía como la espuma, su salvadora descendía cada día mas, llegando hasta el último grado de pobreza. Los años habían impreso en su rostro su terrible huella, y había quedado imposibilitada de trabajar en el teatro, y de graciosa que era en el teatro de Variedades, había pasado á acomodadora de uno de los teatros de tercer orden.

En 1827, mientras que el general Paskewisch, vencedor de los persas, era nombrado conde de Erivan, Adela P., á quien una enfermedad aguda había postrado seis meses en cama, perdía todos sus recursos y la plaza de acomodadora del teatro.

Cuatro años despues, acabada la lucha con la Polonia, el conde de Erivan recibía el título de príncipe de Varsovia, con el derecho de gozar en todo el imperio los mismos honores que el soberano, Adela P., envuelta

en la mayor miseria, tuvo la feliz inspiración de escribir al príncipe de Varsovia. Era el último recurso, era el último resorte que podía tocar, abandonada de todos sus amigos, hasta de su



Paskewisch.

propia familia. A quien en sus buenos tiempos había sacorrido con larga mano, estaba resuelta á quitarse la vida.

Treinta dias habian pasado desde que escribió la carta: viendo ya que hasta este último recurso la había salido vano, cerró la puerta de su miserable boardilla, tapó cuidadosamente todas las rendijas, y encendió un brasero de carbon con el objeto de asfixiarse. Un golpe dado á la puerta y la voz del cartero salvó la vida de la infeliz Adela.

El príncipe de Varsovia había pagado su deuda: su carta la había salvado la vida: en ella recibió Adela un bono de cien rublos sobre una de las casas mas fuertes de París, con la promesa de recibir cada seis meses igual cantidad. Esta pensión ha sido en lo sucesivo pagada religiosamente. Tal vez después de la muerte del príncipe de Varsovia, su salvadora hubiese quedado otra vez sumida en la miseria: pero no ha sido así: dos meses antes, un comisario de policía llamado por los vecinos de la casa donde vivía la pobre actriz Adela P., certificaba haber muerto esta repentinamente, y mandaba una copia de esta certificación al príncipe de Varsovia.

Ya se eclipsó mi estrella, dijo el príncipe al recibirla; no tardaré yo en seguirla.

Dos meses después, la Rusia celebraba los funerales del general Paskewitch, con la de Eriwan y príncipe de Varsovia.

EL DOCTOR TRIFONE.

A MI AMIGO AUGUSTO DURIEN.

No es posible que hayais olvidado á aquel ilustre doctor Trifone, príncipe del contravenceno, el prodigioso inventor del *bol de Palestina*, que tenía su gabinete de consultas en la Plaza Real de Nápoles.

¿Cuántas veces me he parado delante de aquellos polvorosos caballetes, sobre los cuales se agitaba aquel extraño muñeco que no era al primer golpe de vista mas que peluca, barriga y paño encarnado realzado con oro?

¿Qué verbosidad, y sobre todo, qué talento mimico tan admirable! Un salvaje del Labrador hubiera comprendido á este admirable charlatan al tercer gesto, y como los cándidos vendedores de agua de la Chiusa que le miraban con la boca abierta, hubiera sacado de su bolsillo no bayoco sino una onza de polvo de oro de su saco de piel de *afio*, para comprar aquel elixir color de topacio, que se estremecía en los paquetes del médico de los semblantes pálidos.

Necesario es confesar que Trifone reunía en sí tres ó cuatro personificaciones y otras tantas nacionalidades.

Pensativo, brutal y caprichoso en su vida privada, al poner el pie en su caballete volvía á ser el mas jovial bufon, el mas distinguido polichinela de Italia. Se conocía que el doctor se había inspirado de sus maestros del siglo XVII, y que había heredado de aquellos grandes empiricos, de aquellos pintorescos cocreadores de mundo que dibujaban con lápiz encarnado en las fiestas del Brabante, Brawer, Juan Stein y Van-Ostadi.

¿Qué hombre! hablaba el latín y el griego como un beneditino, y escribía el inglés y el alemán con una parezca increíble, y remodaba el napolitano como un improvisador del Pausilipo.

¿De dónde venia? ¿dónde iria al salir de Nápoles? La barraca de tela de gergones había brotado y se había abierto una hermosa mañana, del mismo modo que esas grandes flores de agua que nacen en los argentinos lagos de la Escocia.

Únicamente se sabía que había presentado al gobernador de Nápoles un título de doctor perfectamente auténtico, y que era libre de ejercerle á desprecio de todas las facultades.

Y ya que me he dejado arrastrar por el deseo de hablaros de cosas que conocéis tan bien como yo, tiempo es que os cuente una historia que supe después de vuestra partida de Nápoles, y en la que desempeña un papel importante nuestro personaje.

Era á fines del último mayo; una multitud ruidosa y ávida se estrechaba delante de la bar-

raca de Trifone esperando con marcada impaciencia que el doctor apareciese sobre el teatro de sus hazañas.

Frente al establecimiento del charlatan estaba parada una elegante carretela abierta: ocupábanla tres personas: una jóven lady, una pequeña más que tendría unos diez años, y un caballero de fisonomía dulce y pensativa y de una notable distinción.

La jóven se llama lady Jane Stanley, y el caballero sir William Webster.

No era una desconocida para mí lady Stanley, la había visto ya anteriormente en Inglaterra en una ocasion bien comun y prosaica, pero que debía llamarme mas tarde la atención por una aproximacion dolorosa. Era en la *lucha de palo* en Windsor: ella estaba en una silla de posta, y sir Lionel Stanley su marido, el vencedor de aquel día, vestido de bayeta blanca, acariciaba sonriendo la rubia y sedosa cabellera de su querida y pequeña hija.

Yo ignoraba completamente qué había sido de lady Stanley después de su viudez: debía saberlo por Trifone: sobre su relato escribo para vos esta historia, que bien podrá pasar por novela.

Después de hacerse esperar un cuarto de hora largo, el doctor levantó la cortina que le separaba del público. A hizo su entrada en escena en medio de las vibraciones del bombo y de los platillos.

Con un saludo frío y distraído correspondió Trifone á los aplausos de la multitud y deteniéndose un instante:

«Señores, dijo con voz grave y tranquila, vamos á ocuparnos en esta junta de las enfermedades orgánicas del corazón.»

Lady Jane palideció repentinamente, y ya que quisiese disimular su emoción ó que estuviese cansada, apoyó el pañuelo en sus labios y los codos en el borde del coche para escuchar con una particular atención este curso de medicina práctica al aire libre.

Trifone prosiguió:

«El corazón es el órgano mas noble del hombre.»

«En él sienta la facultad de amar, el mas bello de los atributos de Dios.»

«En él experimenta la facultad de sufrir, la más santa de las pruebas del alma y de la materia.»

«El corazón es el asiento del amor y del dolor.»

«Por esto, sus enfermedades son infinitas como lo son sus sensaciones, oscuras como la vida de la que es el órgano esencial, terribles como todo lo desconocido; se rien de los médicos, porque estos no disponen mas que de armas materiales, y en el corazón encuentran á la vez el alma y la materia.»

«Os reis del charlatan que llama la atención al terrible del tambor. ¿No sois vosotros tan charlatanes como él? ¿Son vuestros libros muertos los que os han enseñado los misterios de la vida? No, el corazón ha permanecido cerrado para vosotros, porque no tenéis mas que el diagnóstico de la carne.»

«Así es, que cuando os presentan un hombre cuyo corazón está herido, os decís, no tiene remedio, procuremos hacerle la muerte mas lenta y menos dolorosa. Se os frustran vuestros intentos, porque razonáis solo de la materia.»

«Fuera de los casos de accidente, que son casi siempre incurables, las enfermedades del corazón vienen del alma, nacen del dolor; únicamente por medio del alma las curareis; al dolor es al que es preciso combatir y vencer. No os privo enteramente de vuestros medios materiales, la materia ha sido atacada, y son necesarios á la naturaleza algunos auxilios para combatir el principio mortal: pero esto no es mas que un paliativo, la cura es preciso buscarla en otra parte.»

«Remontaos á la vida de vuestro enfermo; observad, comparad, vedad, estudiad al alma para comprender el cuerpo, sabed á aliviar que golpe, que serie de emociones han herido el órgano invisible, y cuando hayais encontrado este mal impalpable y os hayais remontado á su origen en lo pasado, herid entonces si aun es tiempo; herido con golpes en sentido inverso, buscad remedios morales contra una enfermedad moral. Hay un magnetismo extraño y poderoso en los

pensamientos, en las pasiones y en la dicha. Procurad apoderaros de esa chispa del doble elemento que se reúne en las obras del Señor, y marchareis entonces en el camino de la creación, y no en el de una vana ciencia.»

Trifone acabó esta atrevida improvisacion en medio de un diluvio de aplausos.

Hasta dos meses que dedicaba diariamente una hora á este ejercicio preliminar. Era una pequeña venganza que el doctor se permitía contra los discipulos de San Cosme que habían hecho todo lo posible para hacerle arrojar de Nápoles. La venganza de Trifone había tomado en poco tiempo las proporciones mas alarmantes para la facultad, porque los estudiantes y médicos que se habían citado para silbar al empirico, habían vuelto admirados de la claridad y sencillez de su teoria práctica, y luego iban todos los dias á tomar notas y sacar en taquigrafía su curso.

Una media docena de curas y operaciones felices habían acabado de colocar á Trifone dándole una celebridad real.

Terminado el curso, Trifone volvía á ser para el vulgo el único creador del *bol de Palestina*, cuyos frascos eran arrebatados á centenares bajo la artillería del bombo y los platillos.

Aunque el doctor había concluido de hablar, lady Jane parecia aun estar abstraída en un doloroso éxtasis.

—¿De fatiga la sesion, milady? le dijo dulcemente su jóven compañero sir William.

—No, amigo mio, murmuró ella con dulzura dirigiendo una mirada y una sonrisa á la pequeña Lucy que jugaba sobre los almohadones del carruaje, y añadió: este Trifone es realmente un hombre extraordinario.

El sábio se había convertido ya en histrión.

—Venid, venid y escuchad todos; gritaba Trifone blandiendo sus papeles de elixir: «¡llegad al incomparable doctor Trifone, al ilustre creador de la panacea universal. Este es el elixir de larga vida que da la salud y la alegría á grandes y pequeños, á jóvenes y viejos, á los ricos como á los pobres. Comprad el *bol de Palestina*, la fortuna liquidificada por mis manos, la dicha sobre la tierra.»

—¿Qué gracioso es! mamá, dijo la niña aplaudiendo con sus manos; se parece á Punch.

Era tan exacta la comparación, que sir William soltó la carejada. Lady Stanley atrajo á su hija sobre sus rodillas, y después de envolverla en su albornoz de cachemira, la dijo:

—No te da miedo Lucy, ¿no es verdad?

—No, mamá.

—Entonces, ¿quieres que venga á vernos á casa?

—Sí, dijo la niña, me divertirá.

—¿Habeis pensado bien el paso que vais á intentar, milady? dijo el jóven.

—Sí, querido William. Y sacando una carta cerrada, la entregó al lacayo diciéndole:

—Esta carta al doctor Trifone. Ahora á casa, Tom.

Una hora después, sir William entraba en la barraca del charlatan.

—El doctor Trifone? preguntó dirigiéndose á un discípulo jóven ocupado en filtrar un jarro lleno de *bol de Palestina*.

—Ha salido, contestó él sin volver la cabeza.

—Esta bien, le esperaré, repuso el caballero sacando de su bolsillo un pomo de sales para procurar combatir los gases alcohólicos que exhalaba el cazo de cobre.

—Esperadle si gustais; pero debo advertiros que el doctor no volverá en toda la noche.

—¿No viva entonces aquí? prosiguió sir William haciendo de una ojeada el inventario del mueblaje.

—No.

—Entonces decidme donde podré encontrarle.

—Yo no lo sé.

Sir William sacó lentamente de su bolsillo una bolsa, al través de cuyas mallas brillaban los carlinos y las doptas indígenas.

—¿Segun eso os interesa mucho el ver al doctor? dijo Paulino mirando la bolsa con una indiferencia perfectamente afectada.

—Sí, porque si le veo esta noche, le pagaré por su visita veinte doptas de á seis ducados.

Paulino se rasó la frente y dudó un momento antes de contestar.

—Sin contar esta bolsa que tendré un verdadero placer en ofreceros, si me hacéis el favor que os pido.

—El doctor se pondrá furioso, dijo Paulino.

—¿Por ganar veinte doblas?

—Por dejar sus ocupaciones.

—Creo tener el medio de hacerle olvidar el mal humor.

—Y bien, dijo Paulino con esfuerzo, el doctor podrá ser muy bien que esté esta noche en la hostería Bambinelli, en la puerta Capuana.

William había oído hablar de la mala fama de este barrio de Nápoles; pero para no dar á Paulino tardíos remordimientos de conciencia disimuló el disgusto que le inspiraba el paso que iba á intentar.

Pagado generosamente por su indiscreción, Paulino continuó filtrando el *bol de Palestina*, mientras que sir William se dirigía hácia la puerta Capuana.

Un solo detalle del interior dará una idea de la moralidad de la taberna Bambinelli: las cucharas y tenedores del establecimiento están sujetos á las mesas por cadenitas de hierro; el servicio es de plomo, y los vidrios de las ventanas han sido reemplazados por una tela metálica tejida de tal modo, que dejando pasar la luz sirve de cortina por la parte de afuera.

En el momento en que sir William ponía el pie en el umbral de aquel chiribitil, una voz fresca y vibrante de mezzo-soprano repetía en medio de bravos y carcajadas el estribillo de una canción mas que libre.

Sir William entró resueltamente y se aprovechó de la atención que la multitud prestaba á la cantora para buscar al doctor.

No se había equivocado Paulino.

Trifone estaba sentado en una mesa, frente á una especie de gigante negro, en el que por su traje y manos, reconoció sir William á un mecánico de la marina inglesa. Una botella forrada de juncos, dos cubiletes y cartas estaban sobre la mesa. Una pipa corta de tierra encarnada humeaba en los labios del doctor que parecía estudiar, con la atención de un lansquenete, el juego que acababa de darle su compañero.

Los dos jugadores anunciaban sus cartas en inglés.

Sir William levantaba ya un dedo para tocar al hombro de Trifone, cuando una reflexión repentina le detuvo. Sacó de su cartera una tarjeta, escribió en ella algunas líneas, y esperó tranquilamente á que se terminase la partida para cobrar.

Acababa el mecánico de perder una treintena de *caballi* que el doctor guardaba con una verdadera satisfacción, cuando la tarjeta del caballero cayó sobre la mesa. Tomóla el doctor delicadamente entre el pulgar y el índice, y la aproximó á la luz para leerla mas cómodamente; cuando hubo concluido, un gesto de mal humor contrajo su semblante y sus labios murmuraron un juramento abogado.

—Sir William Webster, dijo dirigiéndose al joven.

El caballero se inclinó por toda respuesta.

Trifone pasó sobre él una mirada curiosa; una sarcástica sonrisa levantó el ángulo izquierdo de su boca, y golpeando con el puño sobre la mesa:

—Un cubilete limpio, Matta.

Una mariformes con zagalejo corto puso sobre la mesa el cubilete pedido.

Trifone le llenó hasta el borde de vino de Romanía, y presentándole á sir William:

—¿Aceptará vuestro honor el vino de la hospitalidad? dijo observando el aspecto del caballero.

Sir William comprendió su pensamiento, y estimulando discretamente lo que sufría su orgullo con aquella familiaridad, tomó el cubilete y le desocupó de un solo trago.

—Gracias, dijo el doctor, cuyo semblante se iluminó con una sonrisa de triunfo.

—Ahora, dijo sir William, tened la bondad de escuchar á vuestro huésped.

Trifone se aproximó al joven.

—Debéis tener cosas muy graves que decirme, caballero, para haber venido á buscarme esta noche á la puerta Capuana, y creo no deseareis que esas se digan en la hostería Bambinelli.

—Teneis razon, doctor, dijo William sonriendo.

Trifone tomó de sobre un banco su sombrero galoneado y su capa escarlata, y cogiendo del brazo al caballero le sacó á fuera.

Diez minutos despues los dos hombres entraban en una bonita casa de la Plaza Real, y Trifone introdujo á su cliente en un magnífico gabinete de trabajo colgado con tapices de Beauvais y con muebles de ébano tallado.

—¿En donde estamos? preguntó sir William mirando en torno suyo con sencilla admiración.

—En mi casa, dijo Trifone, y podéis hablar con toda seguridad; nadie nos interrumpirá.

William tomó el asiento que el doctor le ofrecía y repuso con alguna vacilación:

—¿Habeis recibido hoy una carta de lady Jane Stanley?

—Si caballero, lady Stanley me ha suplicado vaya mañana á la fonda Victoria.

—¿Ireis á la cita, doctor?

—Seguramente, dijo Trifone sorprendido: no tengo ningun motivo para rehusar los cuidados que reclama de mí.

—Pues bien, caballero, continuó sir William, voy á hablaros francamente: no os diré que tengo una entera confianza en vuestro talento como médico, pero creo sinceramente que vuestro ingenio y vuestro corazon son muy superiores al papel del personaje que representáis.

Desde hace tres años, es decir, desde la época de su viudez, lady Stanley está ofuscada con la idea de que tiene una enfermedad mortal en el corazon, y esta idea inspirada por algunos dolores pasajeros, dolores puramente neurálgicos, destruye sordamente su existencia. Vos creo que conoceréis bastante bien, nuestro carácter escéntrico y raro frecuentemente, para comprender las consecuencias de esta triste monomanía.

Despues de haber tenido los primeros médicos de Londres, lady Stanley ha ido á Francia y Alemania para consultar á los prácticos mas afamados; unos la han curado como una aneurisma, otros como hipertrofia ó una pericarditis; todos se han equivocado, pero todos le han prescrito régimen distinto, de modo que aquella organizacion tan fuerte y vigorosa se ha alterado poco á poco, y desde hace algun tiempo se han declarado síntomas muy alarmantes.

Oa lo repito, doctor, lady Stanley no tiene mas enfermedad que el miedo, enfermedad terrible efectivamente, y de la cual es preciso curarla á toda costa.

—Pero, dijo Trifone con una perfecta tranquilidad, ¿quién os ha dicho que lady Stanley no está atacada de una infección local?

Sir William se puso enteramente pálido.

—¿Qué quién me lo ha dicho? el dictámen de todos los médicos que han sido llamados.

Pasó Trifone sobre el joven una mirada tan sardónica, que sir William perdió un poco su aplomo.

—¿Sois vos quien ha aconsejado á lady Stanley que se dirija á mí?

—No, contestó él atrevidamente; una amiga que encontró lady Jane en Florencia, la decidió á que viniera á pedir os una consulta.

—En fin, ¿qué queréis vos de mí? por que no puedo comprenderos.

—Lady Stanley aparenta tener una estrema confianza en vuestro talento, doctor, yo estoy persuadido que si vos le aseguráis que el malestar que experimenta no tiene nada de peligroso restablecerá rápidamente.

—¿Tiene hijos lady Stanley?

—Sí, tiene una hija pequeña á la que adora.

—Y, prosiguió Trifone, ¿es esa toda su familia?

—Sí, doctor.

—Si os interrogo de este modo no es sin motivo alguno; muchas veces se oculta á un padre la enfermedad verdadera de un enfermo querido; pero se tiene mas confianza con un extraño. Los médicos os han dicho ya su opinion sobre el estado de lady Stanley; yo os diré la mia y conoceréis la realidad triste ó dichosa.

William se levantó.

—Dichosa ó triste, repuso con voz mal segura.

—Yo os lo aseguro.

—Pero lady Stanley lo ignorará siempre ¿no es cierto?

—Sí, dijo Trifone, y tomando de encima de la chimenea un estetoscopio de cedro: Mirad, caballero, con ayuda de este pequeño instrumento leemos algunas veces á través del cuerpo hu-

mano tan claramente como en el libro de la vida. Pero, bien que hayamos visto la huella cercana de la muerte, ó los recursos de la juventud y de la vitalidad, nuestro semblante permanece siempre sonriente é impenetrable.

Espero, prosiguió, que vuestras suposiciones sean exactas y que lady Stanley no está enferma mas que de la imaginación, enfermedad terrible, como dice vuestro honor, pero de la cual se curará, lady Stanley será joven?

—Tiene veinte y dos años.

—Entonces puede pensar en volver á casarse, prosiguió Trifone observando al caballero, y yo sería quizá el primero en aconsejarlo si un mercader de vulnerrario pudiese dar un consejo á una gran señora.

—Oh nada de falsa modestia, doctor, dijo vivamente sir William, puedo prometeros de antemano toda la benevolencia de lady Stanley.

—Indudablemente necesitare de ella.

—¿Quedamos en que ireis mañana á la fonda Victoria?

—Indudablemente, repuso Trifone empezando á descargar sus bolsillos de las entradas del día, y apilando sobre una mesa los ducados, los bayocos y los carlinos.

Y como sir William le mirase obrar sonriéndose.

—Confesad, sir William, que soy para vos un extraño personaje y que todo lo que veis os produce una verdadera estupefacción. Qué queréis, la vida es de todas las cosas la mas caparrosa: es una anomalía, una contradicción perpétua de la que muchas veces no puedo darme cuenta á mí mismo.

—Ah, os gusta la pintura, doctor, repuso sir William inclinándose para mirar un pequeño cuadro colgado en la pared.

—Oh sí, vuestro honor solamente creo no tiene sino cosas buenas.

—Pero aquí tenéis un magnífico *Lantara*, doctor.

—Sí, dijo Trifone mirando el cuadro con complacencia, es uno de sus mejores cuadros. Ese es exactamente el tono azulado y plateado de las bellas noches de España.

—¿Habeis estado en España, doctor?

—Oh, yo he estado en todas partes. Mirad, tengo aun un boceto de *Zurbarán* bastante vigoroso, y un vaso de *Alonso Cano* de una riqueza de colorido verdaderamente extraordinaria. Y al hablar Trifone tomaba uno de los candelabros de la chimenea y mostraba dos verdaderos objetos de arte.

El doctor no pareció apercibirse de la admiración de su huésped, y continuando sus funciones de Cicerone, enseñó al joven un *Anibal Garrachio*, un *Guido Reni*, dos bocetos de *Pablo Veronés* y una docena de cuadros firmados por *Mieris*, *Sevanwelt*, *Berghem* y *Raysdael*.

Habia en aquel gabinete de estudio por valor de 80 á 100,000 ducados en obras de arte, sin contar los bronceos antiguos, camafeos, mosaicos y esmaltes que sobrecargaban las tablas de un grande armario con vidrieras.

No era admiración, era estupefacción lo que experimentaba sir William, y cuando se despidió del doctor, notó este que la presentación de aquellas maravillas habia aumentado notablemente la consideración de su huésped.

«¡La humanidad! la humanidad! murmuró Trifone cuando estuvo solo. Si hubiera salvado diez criaturas humanas, si hubiese como Lázaro resucitado los muertos, todo esto no me hubiese colocado en el alma de ese hombre en el lugar que acaban de hacerlo esas sublimes inutilidades, que el primer necio que llegue puede comprar mañana.

«¡Ah! pobres grandes hombres, ¡qué dirlais si supiérais que vuestro nombre sirve de reclamo á un charlatan, á un hombre que lleva un traje escarlata y una peluca de crines!

«En vuestro orgullo insensato pensabais ser algo, porque un emperador recogía vuestro pincel, ó porque un papa iba á sentarse á vuestro estudio y os imaginábais que esa copia servil de la naturaleza, que esa lucha contra la materia inerte os elevaba hasta Dios.

«¡Ah! ¡ah! que graciosos, á fé mia, y que triunfantes estarán el día que desfilen con sus cuadros gesticulantes en el mundo de las almas.

«Con este trozo de acero ha hecho Trifone mas

que todos vosotros, el día en que se hizo por primera vez obrero de la vida. Mis obras de arte son los seres que he arrancado palpitantes á la tumba; yo luché y combatí contra la muerte y la nada; mis glorias, mi orgullo, son la dicha de la madre que pasea al sol á su hijo convaleciente, es la esperanza que brilla en el semblante del padre de familia que renace á la existencia, á la dicha, al trabajo; es el reconocimiento y el amor de los buenos: es el Criador á quien me aproximo trabajando en su obra suprema.»

(Se continuará.)

MISCELANEA.

EL MILAGRO DE UN PREDICADOR.—Estasíada una madre con el primer sermón que acababa de pronunciar un hijo suyo, preguntó á otro de sus hijos qué pensaba del tal sermón. Fingiendo oírle participar del entusiasmo de su madre, respondió:—Que su hermano llegaría día en que haría muchos milagros, pues que había ya hecho uno desde el primer sermón.—¿Qué milagro ha hecho ya? preguntó la madre, que creía que se trataba nada menos que de la conversión de un gran pecador.—Madre mía, respondió el hijo, mi hermano me ha hecho sudar mucho aunque en invierno y sin fuego, al verle.

LOS CRIADOS.—Un caballero que había llegado á serlo de reciente fecha, despidió al ama de gobierno que había tenido hacia muchos años, y la reemplazó por dos criados que llamaba sus *lacayos*. Un día se entabló la conversación siguiente entre el amo y sus lacayos por el agujero de la cerradura de la puerta de su antecámara:—¿Estás ahí, Pedro?—Sí, señor.—¿Qué haces?—Nada, señor.—¿Y tú, Juan, estás ahí?—Sí, señor.—¿Qué haces?—Señor, estoy ayudando á Pedro.—¿Pues cuando hayais concluido vendreis á darme las botas.

EL DISFRAZ.—Muchas jóvenes de un pueblo cerca de Madrid, de edad de diez y ocho á veinte años, fueron á casa de una señora muy rica que tenía posesiones en aquel pueblo para que les prestase velos blancos y otros adornos del mismo color.—¿Qué queréis hacer con ellos? las preguntó.—Señora, es que mañana hay una gran función, y el señor cura quiere que nos disfrazemos de vírgenes.

UN TESTAMENTO INATACABLE.—Ved aquí un testamento lacónico de un caballero muerto en la última invasión del cólera en 1833. «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: no tengo nada: debo mucho, dejo lo demás á los pobres.»

UN HEREDERO.—Decían á una joven recién casada que San Pablo quería que las mugeres obedeciesen á sus maridos.—Está bien, pero yo no soy de la opinión de San Pablo.—Pero repárese usted, señora, que es el Espíritu Santo el que habla por su boca.—Eh, no importa. En ese caso es del Espíritu Santo de quien soy contraria en opinión.

EL BUEN CURA.—Pasando un día por una calle de Madrid un eclesiástico, le dejaron caer sobre la cabeza una porción de barro hirviendo. Secóse y se limpió lo mejor que pudo, y se volvió á su casa dando tropezones. Llegó con la cara hinchada y medio caído al pelo, su ama le escitaba á gritos, que se vengase.—¿Qué habéis hecho, le decía, á esos miserables?—Los he dado las gracias.—¿Les ha dado usted las gracias? ¿Y de qué?—De que no habían tirado también la olla, porque en lugar de escalearme la cabeza me la hubieran roto.

EL NIÑO PREVISOR.—Obstinóse un niño, por más que hicieron sus padres y maestros, en no querer decir *a*, la primera letra del alfabeto, y había llevado muchos azotes por su terquedad y obstinación. Lo encuentra un día llorando un amigo de la casa, y le contaron la causa. Llamó al niño, lo colocó sobre sus rodillas, y le dijo:—Querido, ¿por qué no has querido decir *a*? eso no

es difícil, ¿cuesta tan poco? El niño se echó á llorar, y no responde nada. Insistió el amigo, y el niño permaneció tereco en callar. Tanto le apuraron al fin, que contestó muy afligido:—Es que en cuanto hubiese dicho *a*, me hubieran luego hecho decir *b*.

LA VERDADERA EDUCACION.—Preguntábale un día á Agesilo, qué era lo que quería que se enseñase á los niños:—Quisiera, respondió, que se les enseñase lo que deberán hacer cuando sean hombres.

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS. *Montañas del globo.—El barómetro.—Elevación de París y de Madrid sobre el nivel del mar.—El Mar Muerto.*

Nuestro globo, como todo el mundo sabe y la geografía nos enseña, está cruzado de cadenas de montañas que se prolongan á través del continente, y envían sus ramificaciones de una y otra parte á distancias considerabilísimas. La gran larga de estas cadenas es la de las cordilleras que partiendo del cabo de Hornos atraviesa la América Meridional en la dirección del Sur al Norte, y se prolonga hasta más allá del istmo de Panamá, por medio de la América Septentrional, hasta la estrechidad de la California.

También las demás partes del mundo están atravesadas por cadenas de montañas, pero que no tienen tanta estension, y que muchas veces forman gargantas en vez de largas ramificaciones. Tales son los Alpes en Europa, y los montes Himalaya en Asia. En el día se sabe lo que se ha ignorado por espacio de mucho tiempo, á saber, que los montes Himalaya son más altos que todas las demás montañas conocidas, pues tienen á lo menos una elevación de 25,000 pies sobre el nivel del mar, á cuya altura apenas llegan las cimas de las montañas más grandes de nuestro globo.

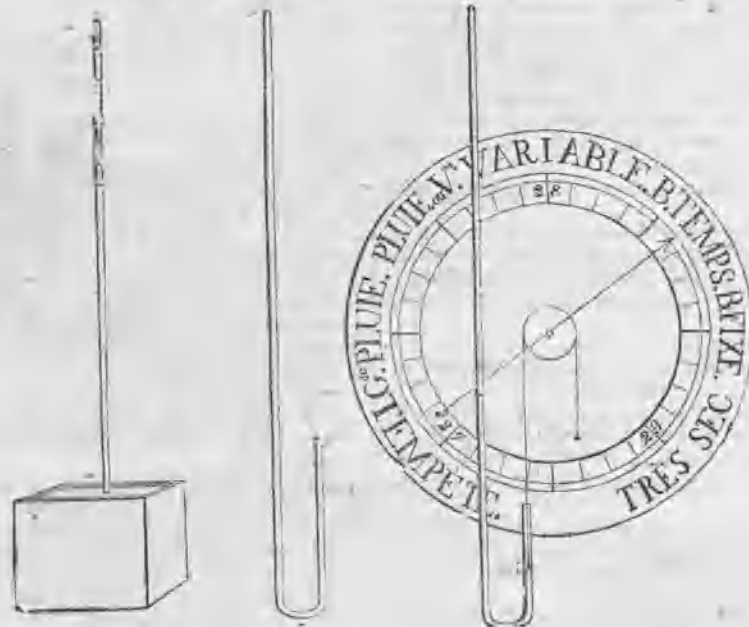
Peró, direis cómo se calcula la elevación de las montañas, y como se puede medir las con exactitud? Solo hace dos siglos que se miden las alturas con el auxilio de un instrumento que se llama barómetro, y el cual se consulta por lo regular con el único objeto de saber si habrá bueno ó mal tiempo.—No siempre responde el barómetro á esta pregunta, por la razón de que solamente es un tubo de vidrio lleno de mercurio ó de espíritu de vino, que el aire exterior ó la atmósfera comprime más ó menos, según que este aire es más denso, es decir, apretado, ó di-

que pedirle más, porque no puede decirnos otra cosa.

Sin embargo, los físicos han sacado otro partido del barómetro, y he aquí cómo cuanto más se eleva en el aire, menos pesa sobre nosotros, y sobre todos los cuerpos que se encuentran á gran elevación. Estando menos comprimido el mercurio del barómetro cuando se lleva á una elevada montaña, debe por consiguiente elevarse en el tubo á medida que se pisa en las alturas, y como se sabe cuanto sube para 1000 metros, por ejemplo, se puede juzgar en vista de esta alza del mercurio en el instrumento, la elevación á que se ha llegado. Por lo tanto se mide la altura de las montañas observando la especie de escala que veis señalada por medio de números á lo largo de los tubos de los barómetros.

Hay otros instrumentos para medir el nivel de los terrenos poco elevados, y para asegurarse del grado de elevación que tienen sobre la superficie del mar, el cual sirve de punto de partida para estas operaciones. Así París, ó más bien la orilla del Sena en medio de París, está casi á 40 metros sobre el Océano, de suerte que si aquella capital estuviese en las orillas del mar, este se hallaría 420 pies de profundidad con relación á París. La villa de Madrid se halla todavía á mucha mayor elevación, como que está á 608 metros sobre el mar, y Quito, en la América Meridional se halla á más de 2,900 metros.

Por otra parte, unos viajeros han descubierto recientemente que el Mar Muerto, que es un lago de agua salada y amarga de la antigua Palestina, en Asia, está á unos 420 metros sobre el nivel del Mediterráneo, y dirigiéndose al Mar Muerto, es preciso bajar 1,260 pies para llegar á las orillas del mismo; de suerte que este lago ocupa el fondo de un enorme embudo que ha debido formarse por una de las revoluciones que el suelo de aquel país volcanizado y lleno de betún, así como de otras materias inflamables, sufrió en los tiempos antiguos. La Biblia y los autores profanos nos revelan que en el sitio en que ahora está el Mar Muerto, había en otro tiempo muchas poblaciones, entre otras Sodoma y Gomorra, las cuales quedaron sepultadas en medio de los fuegos que se encendieron espontáneamente y que las consumieron. Todo el suelo de los alrededores debió hundirse entonces, y producir un abismo espantoso que fué á llenar el agua impregnada en las materias bituminosas de la tierra; desde aquella época un ancho lago, cuyas orillas son áridas y desiertas, reemplaza á las poblaciones antiguas, pero permaneciendo á una pro-



fundidad de 1,260 pies, como hemos dicho más arriba, sobre el nivel del Mediterráneo. Tal vez no haya en todo el globo un lago situado tan bajo.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,

calle de Sta. Teresa, núm. 8